

Glosa, novela política

Martín Kohan¹

Ángel Leto camina sin un objetivo; el Matemático, no. Esta diferencia de actitud, o de disposición, entre los dos personajes que, en su recorrido de veintiún cuadras, atraviesan y estructuran *Glosa*, supone que las relaciones posibles entre caminata y narración, entre recorrido y escritura, no son necesariamente homogéneas. Hay más de una caminata en la novela, y hay más de una manera de caminar. La de Leto parece inmotivada, resulta de una especie de arrebato, no tiene otra causa que la de la ocurrencia súbita: Leto va “movido por las ganas repentinas de caminar, de atravesar a pie San Martín, la calle principal” (pág.15), “nada ni nadie en el mundo podría decir por qué Leto, esta mañana, en lugar de ir, como todos los días, a su trabajo, está ahora caminando” (pág.16)². El Matemático, en cambio, cuenta con un propósito, y en ese propósito no falta el componente político: “salgo a distribuir a los diarios el comunicado de

* Buenos Aires, Alianza, 1986. Reediciones: Barcelona, Destino, 1988; Buenos Aires, Seix Barral, 1995.

¹ Nació en Buenos Aires y profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires, de la que es egresado, y en la Universidad de la Patagonia.

Ha publicado los libros de ensayos, *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (1998; en colaboración con Paola Cortés Rocca), *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004) y *Narrar a San Martín* (2005); los libros de cuentos, *Muerto contento* (1994) y *Una pena extraordinaria* (1998); y las novelas, *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1997), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002), *Segundos afuera* (2005), *Museo de la Revolución* (2006), *Ciencias morales* (2008) y *Cuentas pendientes* (2010).

² El examen del manuscrito de la novela nos permite ver que, en versiones preliminares, Leto aparecía oscilando entre lo azaroso y lo premeditado: “Leto ha bajado —Leto, Ángel Leto ¿no?—, decía, dos o tres minutos antes, sin saber por qué, del colectivo, a muchas cuadras todavía del centro, saltando, literalmente, del vehículo en marcha, o tal vez, si se prefiere, con premeditación, deliberado, diciéndose, desde el momento en que subió, que una caminata, en esa mañana, de octubre, o de septiembre, de septiembre mejor, de fines de septiembre, el veinticinco, el 26, digamos...”, etc. En la versión definitiva, esta oscilación desaparece: Leto actúa exclusivamente en base a un impulso inmotivado, y el contraste respecto de la acción motivada se produce en su relación con el Matemático.

prensa de la asociación” (pág.28). Leto camina sin objeto; no obstante, no deambula, no divaga, sigue en el andar una línea recta, no es ni quiere ser un flâneur; el suyo, se diría, es un andar signado por la *finalidad sin fin*, por ese “como si” de la finalidad con el que queda definida, desde Kant, la impronta de la autonomía estética. El Matemático, por su parte, sale con un fin determinado, un fin que lo expone a los avatares de la censura y de las listas negras; aún así, sin embargo, hay algo de mero paseo en su caminar, algo de cierta diletancia que nunca se pierde: no va demasiado urgido y no descuida, por ejemplo, que al pasar entre los autos en un cruce de calle, sus impecables pantalones blancos queden igual de impecables e igual de blancos³.

En su trayecto lineal por la calle San Martín, entonces, estos dos caminantes tanto difieren como se parecen; o mejor dicho: se van impregnando mutuamente cierto parecido, sobre la base de una divergencia inicial (caminar sin motivo, caminar con motivo) que nunca acaba de diluirse del todo. Por eso, en el andar que comparten, a veces van desacompañados (“Leto, que ha continuado su marcha, le saca algunos pasos de ventaja” (pág.30); “gira brusco, llevándose por delante al Matemático que, dócil, lo ha venido siguiendo de muy cerca” (pág.208) y a veces van acompañados (por aparente casualidad: “El paso que llevan ahora, bien armonizado, es, ni lento ni rápido, más regular que nunca” (pág.98) o por evidente premeditación: “Leto observa que el Matemático prosigue su marcha con ojos entrecerrados y una sonrisita pensativa que atribuye a una especie de desafío rítmico que se ha lanzado a sí mismo, o a Leto tal vez, como si, concentrándose, se preparara a adaptarse a todos los cambios de ritmo, de velocidad e incluso de trayectoria que Leto, sin avisarle, decidiese efectuar” (pág.187)).

Que Leto y el Matemático, siendo, como son, tan distintos caminantes, puedan llegar a coincidir en un mismo andar, es posiblemente una de las claves que definen *Glosa*. Y esa coincidencia se verifica, una vez que el Matemático hizo entrega del comunicado en el diario, y ya hacia el final de la novela, en términos de la falta de objetivos de Ángel Leto: “no van a ninguna parte y, desembarazados, como podría decirse, de proyectos y de destino, caminan en

³ Julio Premat traza una relación semejante en cuanto a los modos de caminar en la ciudad: “El paseo de los protagonistas se lleva a cabo, por ende, entre el orden (el de la ciudad en damero, herencia de la urbanización lógica de los griegos) y el caos (las corrientes imprevisibles y amenazadoras de los coches que, entre vereda y vereda, parecen acosarlos); la tarea de construcción de un relato está por lo tanto representada como el enfrentamiento entre dos fuerzas alternativamente dominantes: la de la organización racional (el código), la de las pulsiones destructoras (lo indeterminado)” (Julio Premat, *La dicha de Saturno. Escritura y melancolía en la obra de Juan José Saer*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2002; pág.245).

una actualidad íntegra” (pág.184). Ahora el Matemático va también, como iba Leto, sin un rumbo fijo, aunque sigue manteniendo, al igual que Leto, el paso presuroso y la línea recta. Hay así un tramo de la caminata que excede la existencia de un destino (ese destino, con huellas de lo político, que el Matemático tenía inicialmente) y aquí los dos personajes quedan superpuestos o aun homologados: caminan igualmente *porque sí*. Pero a la vez hay un tramo del destino (dicho ahora en un sentido más amplio: el destino de una vida) que excede el hecho de la caminata, y por lo tanto el presente narrativo de la novela; un destino que pone a ambos personajes bajo una misma implicación política: para el Matemático, el exilio forzoso; para Ángel Leto, la muerte en una emboscada policial.

El recorrido a lo largo de las veintiún cuadras de la calle San Martín transcurre, pues, entre un *para qué* y un *para nada*, entre un *por qué* y un *porque sí*. En una de estas formas late la finalidad política; en la otra, la finalidad sin fin. Entre una y otra, Leto y el Matemático pierden el paso o lo encuentran. Terminan caminando para nada y porque sí: en el espacio, por lo tanto, predomina la falta de motivación. En el tiempo, sin embargo, en el futuro de esta novela (que queda igualmente contado en ella) predomina el para qué de la motivación política. Entre la inmotivación de Leto y la motivación del Matemático, o entre la falta de destino en la que, en algún momento, se unen los dos, y el destino político en el que, en otro momento, también se unen los dos: estos son, de alguna manera, los bordes que marcan el rumbo de la andadura de los dos personajes, como si se tratara de las cuadras de la calle San Martín. Pero además de eso, son también los bordes que delimitan el desarrollo de *Glosa*, y más allá todavía, son los bordes que definen cierta búsqueda que existe en toda la literatura de Juan José Saer. ¿O no hay acaso, en toda su literatura, un sostenido empeño por lograr que la narración literaria, sin hacer concesiones a los *para qué* de la representación realista o del compromiso político, sin ceder terreno en el *para sí* o el *para nada* de la autosuficiencia literaria, pueda hablar de los hechos de la política, pueda sostenerse como narración política plena?

Glosa es, efectivamente, y evidentemente, una de las más notables novelas políticas que haya dado la literatura argentina. Lo es, y esto es lo más interesante, no solamente sin refrendar la confianza general de que la realidad puede ser representada sin obstáculos, sino poniendo severamente en duda esa confianza. Ya es sabido que el proyecto literario de Saer insiste en la

corrosión de las certezas de la experiencia, de la verdad, de la transposición de lo real en el lenguaje: ya es sabido que su escrupulosa detención en los detalles tiene menos que ver con el *efecto de lo real* que con el *efecto de lo irreal*⁴. Pero la constancia en esta empresa podría haber llevado a Saer más o menos lejos de los discursos de la verdad que tienen a la realidad como objeto privilegiado; por el contrario, y no por casualidad, es justamente allí, en el corazón de los discursos de la verdad, donde Saer aplica el efecto de zozobra de sus procedimientos narrativos: ya sea en relación con el discurso jurídico, en relación con el relato histórico, o en relación con el género policial (vale decir: ya sea en *Cicatrices*, en *El entenado* o en *La pesquisa*). Y en todos los casos, con un grado mayor o menor de intensidad o transparencia, lo hace en relación con la realidad política y sus lenguajes posibles.

Glosa constituye, en este sentido, un punto de condensación y aun de culminación de toda la obra de Juan José Saer (como si dijéramos: un aleph de su literatura, un punto desde el que puede verse a un mismo tiempo todo)⁵. La premeditada incertidumbre acerca de las posibilidades de la representación encuentra en este texto su plasmación cabal: en torno del festejo del cumpleaños de Washington Noriega al que ni Leto ni el Matemático asistieron, se dispone el despliegue completo de una multiplicación de versiones; el vaciamiento de las ventajas de la experiencia vivida (porque el encuentro casual con Tomatis, que sí estuvo en la reunión, nada agrega a las variantes meramente conjeturales); la igualación en la memoria de lo que se registra en la vivencia y lo que se conoce por mediación de un relato; la superposición de sucesivas capas de discurso, que se acumulan hasta tornar remota la referencia. *Glosa* abunda en esta clase de marcas: “los recuerdos del Matemático, incapaces de volver más accesible la cosa aun cuando

⁴ En una temprana aproximación integral a la obra de Saer, María Teresa Gramuglio escribía: “¿Cómo pensar esta relación que siempre parece volver a colocarnos frente a un hiato insalvable entre la construcción verbal, supuestamente autónoma, irrefutable, autosuficiente, y ese “mundo” construido que siempre termina, de algún modo, remitiendo a una experiencia de mundo, poniendo sentido en el mundo?”. Y luego: “Se trata, desde una poética que trabaja a partir de la desconfianza y aun de la hostilidad a la representación, de instalar una cierta negatividad” (María Teresa Gramuglio, “El lugar de Juan José Saer”, en VV.AA., *Ficciones argentinas. Antología de lecturas críticas*, Norma, Buenos Aires, 2004; págs.349 y 359. El artículo fue escrito en 1984). Para advertir hasta qué punto esta puesta en cuestión de la representación, y más decididamente del realismo, es parte de un afán premeditado en Saer, puede verse el artículo “La selva espesa de lo real”, del propio Saer, en *Una literatura sin atributos*, Cuadernos de Extensión Universitaria, Santa Fe, 1988. Para una consideración del tema en términos de un “efecto de lo irreal”, ver Alberto Giordano, *La experiencia narrativa. Juan José Saer - Felisberto Hernández - Manuel Puig*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 1992.

⁵ Dice Edgardo Berg: “*Glosa* puede ser leída como una guía o un atlas más o menos completo de la poética narrativa del escritor santafesino” (Edgardo Berg, *Poéticas en suspenso. Migraciones narrativas en Ricardo Piglia, Andrés Rivera y Juan José Saer*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2002; pág.170).

provenzan de lo que el Matemático podría llamar su experiencia” (pág.29); “empieza a ver la imagen de una persona, un tipo de pelo lacio y piel oscura, picado de viruela, que no corresponde a ningún recuerdo pero que llena, con su aparición servicial, la ausencia de experiencia” (pág.47); “las imágenes del cumpleaños de Washington en la quinta de Basso al cual ni siquiera ha asistido pero del que ya tiene, hasta el fin de sus días, sus propios recuerdos” (pág.89); “lo cual le deja al acontecimiento de referencia tan poca realidad, que el valor mismo de la representación se vuelve problemático” (pág.98); “el estado de ánimo especial de esta mañana induce a Tomatis a presentar los acontecimientos relativos al cumpleaños de Washington de manera distorsionada” (pág.135); “después de tantos años, los hechos eran tan ajenos e inaccesibles a los que habían participado de ellos como a los que únicamente los conocían de oídas” (161/2); “Pichón, ¿no?, que a pesar de los privilegios de la experiencia, no está menos perdido en la incertidumbre engañosa que él” (pág.165). Y en este casi continuo repiqueo afirma la novela sus certezas respecto de la falta de certezas, la inexorable infidelidad de toda “glosa”, la disminución de la eficacia de las representaciones (tanto en la reparación de una ausencia con una presencia como en la promesa de que una palabra pueda reponer una cosa), la evanescencia del referente entre las capas de versiones siempre en duda.

Todas estas inflexiones, que funcionan ya como un verdadero sello Saer, atentan, o se supone que atentan, en más de un sentido, contra las posibilidades de articulación entre literatura y política; por lo menos en tanto se conciba dicha articulación en términos del ya clásico sintagma: *literatura argentina y realidad política*. Es necesario advertir, sin embargo, que lo que Saer se propone es precisamente debilitar los lazos directos entre literatura y realidad (dinamitando en ese afán los consabidos puentes: el realismo, la verdad objetiva, la representación confiable, las referencias ciertas) pero no por eso disuelve la relación con la dimensión política; lo que hace más bien es desplazarla hacia otra clase de resolución (una resolución donde la lógica específica de la construcción literaria resulta dominante y no subordinada).

Las palabras en *Glosa* oscilan entre una especie de promesa de precisión y la aceptación (menos resignada que gozosa, sin embargo) de que la imprecisión es una jaula de la que el lenguaje no puede escapar (otra manera de hablar de una “cárcel del lenguaje”: la cárcel donde el

lenguaje está, y ya no la cárcel que el lenguaje es). Basta cotejar, en este sentido, la difusa estimación temporal con que comienza la novela: “Es si se quiere, octubre, octubre o noviembre, del sesenta o del sesenta y uno, octubre tal vez, el catorce o el dieciséis, o el veintidós o veintitrés tal vez, el veintitrés de octubre de mil novecientos sesenta y uno pongamos –qué más da” (pág.15) con la reformulación ciertamente más ajustada del comienzo de la segunda parte: “Estábamos en que Leto y el Matemático, una mañana, la del veintitrés de octubre de mil novecientos sesenta y uno habíamos dicho, un poco después de las diez...” (pág.105). Este desplazamiento evidente entre un comienzo y otro comienzo, lo es también entre un grado muy débil de precisión (con un mayor regodeo en las palabras, por ende) y un grado de precisión más aceptable (aunque referencialmente incierto, porque no tiene más fundamento que el procurado por aquel regodeo verbal del principio).

En otro nivel, el de ciertos giros convencionales del lenguaje (giros que se repiten en la novela hasta volverse verdaderos tics), se verifica este mismo vaivén: hay giros que prometen o que conceden mayor exactitud (“para ser más exactos”; “A, como se dice, ciencia cierta”; “como ya sabemos”; “para que quede claro”; “Que quede bien claro”) y hay giros que acentúan lo que toda palabra vendría a tener, irremediabilmente, de inexacta y aproximativa: las múltiples variantes combinatorias de los “¿no?”, los “más o menos”, los “todo eso”, los “qué más da”, los “etc.etc. ¿no?” (por ejemplo: “En fin, todo eso, más o menos, ¿no?”, “Y así. O si se quiere, más o menos –más o menos así, ¿no?”). Tensión que se agudiza en los sintagmas que combinan las fórmulas de la precisión con las fórmulas de la imprecisión: “y así, o en fin, y para ser más exactos, más o menos” (pág.187) o “todo esto, entendámonos bien para que quede claro, más o menos” (pág.189); o en la reiteración del chiste de un falso redondeo numérico: “Durante los veintisiete segundos, en números redondos...” (pág.90), “después de cuarenta y cinco minutos, en números redondos” (pág.234), “unos cuarenta y cinco minutos antes, en números redondos” (pág.263).

Las palabras en *Glosa* participan de esta doble condición: dan precisión y la quitan. En el darla, va la ilusión referencial de la novela; en el quitarla, en cambio, va su profusión verbal, su plegar el lenguaje sobre sí mismo para que las palabras hablen siempre de las palabras y en el decir se hable siempre sobre el decir: “Está lo que se había dicho más arriba ¿no?” (pág.33), “etc.,

¿no?, como veníamos, o venía, mejor, el que suscribe, ¿no?, diciendo” (pág.77), y así sucesivamente. La narración participa de esta misma dualidad, como de hecho no deja de pasar con los relatos sobre el cumpleaños del Matemático; de *Glosa* misma, como novela, puede decirse que se ubica –al igual que entre el para qué y el para nada de las caminatas de sus personajes- entre la promesa de precisión de las palabras, que les permitirá decir lo que ha pasado, contar lo que ha pasado, y la gozosa aceptación de que las palabras nunca cesarán de ser imprecisas, que no hay más alternativa que perderse en ellas.

Así se escribe la política en *Glosa*: estas son las condiciones para la escritura política en Juan José Saer. No se espera, no se pretende, que la literatura capture una realidad, que la aferre, que la plasme, que la despliegue, que la enseñe, y que con todo eso elabore una consigna o una conclusión. La política en *Glosa* se escribe de otra forma: produciendo el destello de un *para qué* en medio de los *para nada*, produciendo el brillo de una referencia precisa en medio de un mar de imprecisión verbal y metaverbal. Por eso lo político, en *Glosa*, adquiere la forma de la incrustación, o de la irrupción o de lo que se dispara (al futuro)⁶. Lo político sucede, o transcurre, un poco como la propia acción de caminar, que es todo un principio constructivo en la novela: progresa sobre un plano continuo de habitualidad y costumbre, pero exhibe una y otra vez la huella abrupta de lo repentino (así comienza, después de todo, la caminata de Ángel Leto: con las “repentinas ganas de caminar” que lo hacen bajar “muchas cuadras antes de donde lo hace por lo general” (pág.15); así se produce la entrega del comunicado en el diario por parte del Matemático: abandonando “de golpe”, “inesperado”, el andar con Leto (pág.57); así también Tomatis deja de hablar y de caminar con ellos: “Brusco, Tomatis interrumpe su relato y se para” (pág.172), pasando a “la partida abrupta y vejatoria de Tomatis” (pág.175)).

En esta novela donde se dedican unas cuantas páginas a la discusión sobre si un caballo puede o no tropezar, por ejemplo, o a la teoría de Washington Noriega sobre los mosquitos, o a la más que minuciosa descripción de cómo se transpone una calle, la de cómo pasa un chico en

⁶ Beatriz Sarlo define en términos de irrupción y de corte esta operación narrativa efectuada sobre la temporalidad en la novela: “Y ese futuro ya pasado irrumpe en el recorrido de 1961 por la calle San Martín, cortando el tiempo e introduciendo otra temporalidad de calidad diferente porque, en ella, los destinos de algunos hombres y mujeres ya se han jugado”. Y luego: “de pronto, como un golpe de timbales que se destaca por su brevedad de relámpago, el pathos de la probable muerte del Gato y Elisa, de la segura muerte de Ángel Leto, irrumpe clausurando una historia que es anterior a *Glosa*” (Beatriz Sarlo, “La condición mortal”, *Punto de Vista*, n°46, año XVI, Buenos Aires, agosto de 1993; págs.29 y 30).

bicicleta o la de cómo se cruza delante de una disquería, las referencias políticas resultan, sin embargo, no poco numerosas. Se dicen bastantes cosas sobre política incluso en esos tramos que en apariencia se diluyen en otro tipo de cuestiones supuestamente ajenas o hasta nimias. Se habla, por ejemplo, de “los recursos de habeas corpus de casi todos los presos políticos de la ciudad” (pág.30), del presunto fichaje político del Matemático (págs. 63 y 67), del encierro en un manicomio de Washington en el año cuarenta y nueve “para neutralizarlo políticamente” (págs.138 y 195); y hay ecos de la política en ciertos nombres de personajes laterales: el hermano del Matemático (“Leandro (por... ¿no?)” (pág.114)), la madre de Leto (Isabel) y el hombre que la encara una vez que su marido ha muerto (Lopecito). Estas alusiones a lo político, que son más o menos puntuales, se ampliarán y se prolongarán en otras franjas narrativas más extensas, más espesas, más directas, más plenamente políticas. Y siempre se estará produciendo ese mismo efecto de un salto abrupto o repentino sobre una línea pareja de continuidad: ésa será la manera de contar la política en *Glosa*.

Continuidad y saltos abruptos (lo mismo que los personajes al caminar): la continuidad es el paso de una caminata a otra (porque en *Glosa*, como ya fue dicho, hay dos caminatas, y no una) y el salto es un salto al futuro (el destino político de Leto y el Matemático, en el porvenir de este presente que la novela está contando). Dos caminatas, entonces: una, en la ciudad de Santa Fe, en el presente de la narración (1961), esas veintiún cuadras que recorren Leto y el Matemático por la calle San Martín y que componen, en cierto modo, esta novela; la otra, en la ciudad de París, en el futuro de la narración (1979), esta vez efectuada por el Matemático y Pichón Garay, desde la Assemblée Nationale y hacia la Place Maubert, por Saint Germain des Prés. Una caminata continúa la otra, de una a otra ciudad, de uno a otro tiempo, porque en las dos está el Matemático, porque el papel con los versos de Tomatis que fue entregado en una reaparece en la otra (y esos versos son el epígrafe de *Glosa*), porque el tema de conversación de una se prolonga en la otra: se habla otra vez, se sigue hablando, de aquel cumpleaños de Washington Noriega. En esta segunda ocasión, la de París, no hay ningún juego ambivalente entre la motivación y lo inmotivado, sino un motivo bien definido y resueltamente político: “un grupo de exiliados que acaba de ser recibido por el bloque de diputados socialistas y que les ha prometido, el bloque, ¿no?, ocuparse del asunto, las masacres, las desapariciones, las torturas, los asesinatos

en plena calle y en pleno día, etc. etc.” (pág.153). Con el lenguaje de la precisión y de la imprecisión, se dice lo político. Luego se van caminando, y conversando, el Matemático y Pichón Garay. El cumpleaños de Washington, del que se vuelve a hablar, es una referencia todavía más difusa y más inalcanzable. Pero de ese episodio ha quedado, de todas maneras, una expresión: “es como los mosquitos de Washington”: un giro del lenguaje, un grumo de las palabras, algo ya completamente desligado (muy a la manera de Saer) de la realidad de la experiencia: “el Matemático se la había oído emplear a alguien que no únicamente no conocía a Washington ni a ninguno de sus allegados, sino que tampoco podía estar al tanto de la historia” (pág.161); y que sin embargo puede ser recuperada (también muy a la manera de Saer), aun sin la referencia de la realidad vivida, para hablar de política: “Sin saber cómo, habían empezado a hablar del cumpleaños de Washington, tal vez porque de esa noche, había quedado una expresión, *es como los mosquitos de Washington*, que equivalía a decir de existencia dudosa, y que Pichón había empleado unos momentos antes aplicándola a las promesas de una posible ayuda a los refugiados por parte del gobierno francés” (pág.160. El subrayado es de Saer). Lo de los mosquitos de Washington ha llegado a convertirse en una pura expresión, puras palabras; pero con esas puras palabras –ya sin su realidad, ya sin su referencia- es que se puede hablar de lo político (y es que en lo político, ¿qué hay? “Promesas”, una “existencia dudosa”). Este recorrido, que define un modo de relacionar lenguaje y política, se sigue en el pasaje de una caminata a la otra, como continuidad.

Además de continuidad, sin embargo, hay salto: arranque o freno repentino, corte a otra cosa. Y ese salto, en *Glosa*, es un salto al futuro. Lo que se narra en futuro, lo que sucede en el futuro, es el tramo más plenamente político del texto: Ángel Leto, acorralado en una emboscada, se suicida mordiendo esa pastilla de veneno que él, al igual que todos sus compañeros de lucha, lleva siempre consigo; el Matemático, por su parte, después de que las fuerzas represivas acaban con su mujer, y habiendo escapado por muy poco del allanamiento de su casa por un grupo de hombres armados, se va al exilio. ¿Cómo es que ha llegado a contarse esta historia política, en una novela que socava laboriosamente toda presunción de que la experiencia vivida pueda recuperarse en las palabras, de que la realidad pueda ser representada cabalmente, de que la referencia pueda ser restablecida? Precisamente por la sinuosidad del motivo y el sin motivo, de

lo más preciso y lo más impreciso, en la compleja articulación de continuidad y salto abrupto que hace que las palabras, liberadas de su relación más inmediata con la realidad, resulten un instrumento adecuado para hablar de lo político en otro nivel.

Glosa contiene distintos niveles de realidad. Y no en el sentido en que de cualquier narración literaria podría decirse que los contiene, sino por un trabajo narrativo muy concreto con distintos grados de intensidad referencial. Saer modula en las palabras esos distintos grados de intensidad, como es más propio, si de palabras se trata, de la poesía, y si de sonidos se trata, de la música. Se habla, de hecho, en la novela, de un “distinto grado de realidad” (pág.73), en un momento en el que el Matemático evoca y Leto escucha esa evocación. Y se habla también, en otro momento (no uno cualquiera: el momento en el que el avión que lleva al Matemático al exilio aterriza en Estocolmo), con el Matemático otra vez en estado de evocación, de un traslado instantáneo a “un mundo mágico”, mientras “el mundo real... permanece detenido y como congelado” (pág.153). Grados de realidad: una nitidez que se agudiza: “El Matemático observa que la nitidez de las cosas se agudiza y persiste, no sólo en el conjunto sino en cada uno de los detalles y que la famosa realidad, de la que ha oído hablar tanto, no resulta ser más que eso, en lo que están ahora incorporados” (pág.184). Grados de realidad: un “fajo de recuerdos” que se vuelven “más intensos” que aquello que se ha vivido: “un fajo de recuerdos más intensos, significativos, y no obstante más enigmáticos, podría decirse, que muchos otros que, por provenir de su propia experiencia, deberían ser más fuertes y más inmediatamente presentes en su memoria” (pág.263/4). El relato político se consume en *Glosa* (o, dicho de otro modo: *Glosa* se consume como novela política) mediante esta producción narrativa de diferentes intensidades. No se trata pues de una ilusión referencial, no se trata de apelar a una serie de deixis eficaces, no se trata de un efecto de realidad por los detalles que parecen no significar nada, no se trata de desplegar el poder de representación de la literatura para aprehender el mundo: se trata de lograr, mediante un juego de debilitamientos y contrastes, un aumento de intensidad en ciertos pasajes del texto, secuencias más intensas que por serlo sugieren un “grado de realidad” más acentuado, para, en los tramos así producidos, contar lo político.

Esos tramos en *Glosa* son dos, y abarcan una veintena de páginas cada uno; pero no se los podría haber conseguido si no contaran con el todo novelístico en el que se insertan, o en el que

irrumpen, y del que obtienen su mayor intensidad. Quien extrapolara estos tramos y los considerase por separado, podría llegar a encontrarlos menos potentes, o igual de potentes en el mejor de los casos, que cualquiera de los relatos políticos que pueden hallarse en esa clase de literatura que quiere contar sin más los hechos que acontecieron, o en los testimonios vivenciales extraliterarios que no tienen otro propósito que contar sin más los hechos que acontecieron. Una extrapolación tal conduciría a ese parecer erróneo, porque la empresa misma sería errónea: los tramos donde Saer cuenta el final de la vida de Ángel Leto y el comienzo del exilio del Matemático, esas ráfagas de futuro que hay en *Glosa*, funcionan con plenitud como parte de ese motor narrativo que produce intensidades narrativas diferentes, y con ello, el efecto de un grado mayor de realidad. Es dentro de ese sistema de salto y de continuidad que revela, por cierto, la potencia excepcional de una literatura que asume un relato político, sin por eso concederle primacía a la lógica referencial de la política. Es dentro de ese sistema de intensidades variadas que la literatura encuentra su posibilidad de contar lo político de una manera en que ningún otro discurso, de la clase que fuese, podría hacerlo. Cuando en medio de la minucia verbal, tan precisa e imprecisa, cuando en medio del *para nada* literario, irrumpe el futuro, la historia netamente política, cuando irrumpe el *para qué*, lo hace con una intensidad que ningún relato de lo político podría tener si antes no se lo sometiera a la lógica específica de la escritura literaria.

En este punto Ángel Leto parecerá encontrar el núcleo más concreto de la experiencia de lo real: la pastilla de veneno que siempre lleva consigo. Esa pastilla le resulta lo más verdadero, lo más cierto, lo más genuino, lo único real: “Espacio, tiempo, historia y materia sumida en sí misma, él aprenderá a mantenerlos a raya y como en suspenso con su dichosa pastilla” (pág.269). La realidad concentrada de esa pastilla le permitirá irradiar irrealidad sobre los hombres armados que vienen a atraparlo: “Ustedes dos, como los que están atrás de los autos y de los árboles (...) carecen de realidad, son como fantasmas o como nubes de humo, porque yo tengo la pastilla” (pág.277). Claro que esa pastilla, diminuta pero definitiva, constituye el reducto de máxima concentración de lo real para Ángel Leto; pero no para *Glosa*, no para Saer. *Glosa*, Saer, aplican a esa pretensión de certeza, de precisión, de exactitud, un nuevo giro de incerteza, de imprecisión, de inexactitud, por el que se pasa a destacar hasta qué punto el principio de realidad que sostenía el proyecto político de transformación del mundo en esos años había derivado, en definitiva,

hacia cierta forma de irrealidad: “un orden regido por normas tan estrictas, tan especiales, tan organizadas en circuito cerrado que, aunque elaboradas para constituir una asociación de personas cuyo fin es modificar la realidad, lo harán pasar a una irrealidad tan grande” (pág.266). Acaso sea éste el hallazgo crucial de *Glosa*: que la literatura no puede contar la realidad política sin contar también, y sobre todo, la irrealidad política.